LOS DIFERENTES USOS DE LA TRADICIÓN ROMANCÍSTICA EN LAS MOCEDADES DEL CID

La figura histórica de Rodrigo Díaz de Vivar, fielmente tratada (como su mundo) al hacerse materia épica en el Poema del Cid, empieza pronto a cubrirse con una serie de adornos adicionales. Este proceso de substitución de lo histórico por lo legendario se observa ya en la Primera Crónica General (1289), continúa en la Segunda Crónica General (1344), en la Crónica Particular del Cid, en las Mocedades de Rodrigo (principios del siglo XVI) y desemboca, ya en desmesurada deformación de lo histórico, en el Romancero.

Es evidente que Guillén de Castro (1569-1631) se decidió por la materia dramática y no por la histórica al servirse de la fuente romancística, y no de las crónicas, para dar cohesión a Las mocedades del Cid. Por eso, si tenemos en cuenta que la historicidad del mundo del Cid estaba ya maltrecha cuando Guillén de Castro prosigue el tema, era de esperar que el autor valenciano incurriera en los mismos errores históricos del Romancero.

Recordemos simplemente, y como muestra, algunos de los más salientes: figuras tan importantes en la obra de Guillén de Castro como don Gómez de Orgaz (conde Lozano) y su hija, doña Jimena (esposa del Cid), no existieron. La esposa del Campeador, que se llamó Jimena Díaz y era sobrina de Alfonso VI y biznieta de Alfonso V de León, no era hija de un conde Lozano. Además no se casó con el Cid en los últimos años del reinado de Fernando I, sino unos diez años después, cuando el rey don Alfonso VI ya había jurado en Santa Gadea de Burgos y el Cid tenía unos treinta años.

Por otra parte, y a pesar de recogerlos como históricos el P. Juan de Mariana, los episodios de la venganza de Rodrigo a una afrenta infligida a su padre (Diego Laínz), la muerte del ofensor (conde Lozano) y la subsiguiente querella de Jimena no tienen base histórica y sí mucho de leyenda fantástica que,

1 Editada en Valencia en 1621, aunque se sabe de dos ediciones más (1614 y 1618), la obra se desdobla en dos comedias. La segunda, para distinguirla de la primera (Las mocedades del Cid), es también conocida como
por su tema (sangre y amor: la boda de Jimena con el asesino de su padre), se extendió rápidamente. Es evidente que si el ofensor no existió, mal pudo existir la afrenta, pero ademáes, aunque hubiera existido, Rodrigo no hubiera podido vengarla en presencia de su padre por la sencilla razón de que el heroico Laínz había muerto cuando su hijo mayor, el futuro Cid, era “todavía de corta edad”.

Así pues, esta tragedia de amor, sangre y honor no precedió al matrimonio del Cid y Jimena, ni fue Fernando I quien arregló la boda, sino Alfonso VI, quien en hábil y unificadora maniobra política, casó al valiente castellano y a la nobilísima leonesa en un intento de acallar mucho del malestar existente entre ambos reinos.

Añádase, ademáes, que tampoco fue Fernando I quien armó caballero a Rodrigo, sino don Sancho, y no en Coimbra, como dice el romance, sino antes de la batalla de Graus.

El que Guillén de Castro acudió a la fuente romancística no admite dudas. El aviso de Arias Gonzalo previniendo al rey don Sancho contra Bellido Dolfos, por ejemplo, está tomado directamente del Romancerro (compárense la p. 222 de Las mocedades y el romance núm. 777). La misma transcripción directa se observa (otro ejemplo entre tantos) en el reto de don Diego Ordoñez a los de Zamora, tras el asesinato de don Sancho, y en la respuesta que Arias Gonzalo le da a sus acusaciones de traición:

![Romancerro](https://example.com/)

2 Ramón Menéndez Pidal, La España del Cid, Buenos Aires, 1943, p. 83. Véanse igualmente las pp. 81, 84, 95 y 142.

3 De aquí en adelante, cito en la columna de la izquierda los versos de Guillén de Castro e indico la página de la edición empleada: Eduardo Juliá Martínez, ed., Obras de don Guillén de Castro y Belvís, II, Madrid, 1926. Y en la columna de la derecha, los versos del romance con la indicación del número que le ha adjudicado Augustín Durán en su edición del Romancerro general, I, Madrid, 1849. Para reforzar el paralelismo entre Las mocedades y el Romancerro, he transcribo los versos de ambas obras a la par. Así, los puntos suspensivos entre versos indican la existencia de versos que, por no seguir ese paralelismo, no transcribo.
una mortaja en el hombro
y un crucifijo en la mano...
Puesta la lanza en el hombro,
Un crucifijo en la mano
(núm. 786)

Don Diego Ordoñez

¡Ah zamoranos cobardes!
¡Desleales, fementidos!
. . . . . . . .
a los chicos, a los grandes,
a los viejos, a los niños;
hasta las mujeres reto,
a los muertos, a los vivos,
y reto a los por nacer,
. . . . . . . .
reto el pan, reto la carne,
reto el agua, reto el vino,
a las aves de los vientos,
a los peces de los ríos.
. . . . . . . .

Arias

hablalste como valiente,
pero no como entendido
En lo que hicieron los grandes
¿qué culpa tienen los chicos?
Y qué merecen los muertos
en lo que hicieron los vivos?
(pp. 233-234)

Hablalste como valiente
pero no como etendido.
¿Qué culpa tienen los muertos
de lo que hacen los vivos?
¿De lo que hacen los grandes
Qué culpa tienen los chicos?
(núm. 787)

Igualmente, las mismas palabras altaneras de don Diego, según va matando a los hijos de Arias, las encontramos en el Romancero:

Don Diego

Don Arias, envía otro hijo,
que éste ya tiene recado.

(p. 242)

(núm. 797)

4 Este romance se combina con el 787 para formar el reto de Las mocedades:

Repto los chicos y grandes,
Y a los muertos y a los vivos,
. . . . . . . . . . .
También los peces del río,
Reptoos el pan y la carne,
También el agua y el vino. (núm. 787)
—Don Arias, envía el tercero que el segundo he despachado

(p. 244)

—Don Arias, envía el tercero, Que el segundo he despachado.

(núm. 797)

Y ajustándose a lo dicho por el romance correspondiente, doña Urraca es la encargada de dar el resultado del torneo:

_Urraca_

A pie está don Diego Ordoñez fuera de la empalizada, que en saltando del caballo le pasó de una estocada.

Para volver a la lid el un pie tiene en la raya.

_Voces_

Ya es vencido, ya es vencido. Vuelva, vuelva a la batalla.

... ... ...

Unos dicen: —Ya es vencido.— Otros: —Vuelva a la batalla.—

_Urraca_

Unos le tiran adentro, y otros le estorban la entrada.

(p. 245)

Unos le tiran de dentro, Otros le estorban la entrada.

(núm. 799)

Tambiéndel _Romancero_ proceden, en ajustado paralelo, las frecuentes quejas de Jimena, pidiendo justicia ante el rey Fernando. Véanse, por ejemplo, las pp. 181, 192 y 195, y compárense, respectivamente, con los romances núms. 732, 736 y 734. Es más, la cercanía de la fuente romancística hace que, en ocasiones, Guillén de Castro cometa errores. Dos ejemplos:

_Rey_

y si he guardado a Rodrigo, Si yo guarde a don Rodrigo, quizá para vos le guardo. Para vueso bien lo guardo.

(p. 192)

(núm. 736)

Pero dichas estas palabras en el Acto II, cuando el rey no sabe todavía que Jimena ama a Rodrigo, no cabe duda que la
deuda con el romance ha tendido una trampa a Guillén de Castro. Otro caso parecido sería el siguiente:

Ximena

Rey que no hace justicia
ni debería de reinar,
ni pasear en caballo,
ni con la Reina folgar.

(p. 195) Ni con la Reina fablare.

Rey que non face justicia,
Non debiera de reinare,
Ni cabalgar en caballo,
(núm. 734)

El romance, fiel a lo histórico en este caso concreto, da por entendido que la reina vivía aún. Castro olvida que poco antes que Jimena, Urraca ha dicho “Ha que murió,/ y está en el cielo mi madre,/ más de un año” (p. 193).

Si en ocasiones, como hemos observado, la transcripción de la fuente romancística es casi totalmente directa, e incluso motiva errores de detalle en el texto de Las mocedades, eso no quita, sin embargo, que Guillén de Castro haga un trabajo de selección con respecto al Romancero. Entre las quejas de Jimena a que hemos hecho alusión está ese gavilán de Rodri-
go que:

mátame mis palomicas,
criadas y por criar;
la sangre que sale de ellas
me ha salpicado el brial;
enviéselo a decir,
enviéme a amenazar.

(p. 195)

Mátame mis palomillas
Criadas y por criare;
La sangre que sale d’ellas
Teñido me ha mi brial:
Enviéselo a decire,
Enviome a amenazare.

(núm. 734)

Las amenazas de Rodrigo, recogidas en el romance núm. 733, sin embargo, no pasan al texto de Las mocedades. ¿Por qué no? Recordémoslas:

Que me cortará mis haldas
Por vergonzoso lugar,
Me forzará mis doncellas
Casadas y por casare;
Matárame un pajecito
So haldas de mi brial.

Aunque indudablemente basada en el Romancero y no en los documentos históricos (y de ahí los errores), la obra de Gui-
llén de Castro no es sólo una "antología de romances referentes a un personaje"\(^5\), y no lo es porque *Las mocedades* no se limitan a enhebrar o ensartar romances. Guillén de Castro combina romances, los yuxtapone en ocasiones, altera la cronología, el lugar, los motivos de los sucesos y las personas que en ellos intervinieron\(^6\); y así como los romances habían coloreado y deformado con sus cambios y decoraciones al Cid histórico, Guillén de Castro, al utilizar con toda libertad la fuente romancística, al buscar lo más apropiado de cada romance para realizar el peculiar perfil de los personajes de *Las mocedades*, crea un Cid casi tan diferente de *El Romancero* como éste lo es del histórico. Al independizarse en más de una ocasión y forma de su fuente romancística, *Las mocedades del Cid* dejan de ser una simple antología de romances.

Directamente tomada del *Romancero*, sí, es la manera en que el ofendido Laínez pone a prueba el valor de sus hijos: a los menores les estrecha violentamente la mano, y a Rodrigo le muerde un dedo. Tanto Hernán Díaz como Bermudo se duelen del apretón, en *Las mocedades*:

\[
\begin{align*}
\text{Hernán} & \quad \text{¡Padre, padre, que me matas!} \\
& \quad \text{¡Suelta por Dios, suelta, ay cielo!}
\end{align*}
\]

\(^5\) Ramón Menéndez Pidal, *Flor nueva de romances viejos*, Madrid, 1958, p. 35.

\(^6\) Veamos algunos ejemplos. Tomadas directamente del *Romancero* son las palabras que doña Urraca dirige al Cid, "Afuer, afuera, Rodrigo, / el soberbio castellano" (p. 227 y núm. 774). En *Las mocedades*, sin embargo, son dirigidas a un Rodrigo que llega ante las puertas de Zamora persiguiendo al traidor Bellido Dolfos; en el romance, a un Cid que llega con un mensaje del rey don Sancho a su hermana pidiéndole que entregue Zamora. En el romance, el sitio de la ciudad aún no está establecido; en la obra de Castro, las palabras de la infanta tienen lugar desde una Zamora ya cercada. La contestación del Cid a don Sancho, que le destierra por acusar a Bellido Dolfos en su presencia, es idéntica a la del romance, pero en éste la altiva respuesta se da al rey don Alfonso ("tú me destierro por uno, / yo me destierro por cuatro", p. 225 y núm. 811). El motivo de la afrenta del conde Lozano al viejo Laínez, en *Las mocedades*, es la envidia del conde al ser Laínez nombrado ayo del infante don Sancho. En el romance núm. 726 es, según Laínez, "Porque les quité una liebre / A unos galgos que cazando / Hallé del conde famoso, / Conde Lozano llamado". Hay también cambios de lugar. El famoso juramento de Santa Gadea (núm. 812) tiene lugar en Zamora en *Las mocedades* (p. 249). La acusación al Cid, por el rey Alfonso de no haber dado muerte a Bellido Dolfos pudiendo haberlo hecho (núm. 819) pasa a labios de don Diego Ordóñez en *Las mocedades* (p. 231). Los ejemplos son innumerables.
Bermudo Suelta, deja, quedo, basta...
(p. 175)
y en el Romancero,

.............Señor, basta,
¿Qué intentas o qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas
(núm. 725)

Pero Rodrigo reacciona de forma diferente:

Soltedes, padre en mal hora,
Soltedes en hora mala,
Si no fuérades mi padre
diéraos una bofetada.
(p. 176)

Los tres primeros versos vienen directamente del romance nú-
mero 725:

Soltedes, padre en mal hora,
Soltedes en hora mala,
Que a no ser padre, no hiciera
Satisfacción de palabras,
Antes con la mano misma
Vos sacara las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal o daga.

Comparando ambos textos resulta evidente que Guíllén de
Castro abandona su fuente a partir del cuarto verso. ¿Por qué?
Creo ver la razón del cambio en que el Rodrigo de Las mo-
cedades, un Rodrigo cortesano, no puede contestar a su padre
tan brutalmente como lo hace el del romance núm. 725, y Cas-
тро prime tan bestial respuesta y la substituye en su cuarto
verso por otra de mejor tono, tomada del romance núm. 726:

Con el dolor que siente
Un bofetón le ha amagado.
—Aflojad, padre, le dijo,
Si no seré mal criado.

Guillén de Castro combina, pues, dos romances y, de esa ma-
nera, mantiene el carácter menos violento que corresponde a “su” Rodrigo.

Queriendo reforzar la nobleza de alma de Rodrigo, Guillén de Castro pone en sus labios el romance que describe el diálogo entre Urraca y el agonizante Fernando I. Este Rodrigo aconseja moderación al rey don Sancho y con ello su figura adquiere un rasgo positivo más:

Rodrigo

¿Morir os queréis, mi padre? Morir vos queredes, padre,
San Miguel os haya el alma; Sant Miguel vos haya el alma;
a don Alonso a León, A don Alonso a León,
y a don García a Vizcaya, Y a Don García a Vizcaya,
y a mí, porque soy mujer, A mí, porque soy mujer,
me dejais desheredada; Dejáisme desheredada:

¿Habré de ir de tierra como una mujer errada? Iré he yo por estas tierras
como una mujer errada.

Calleles, hija, calleles; —Calleles, hija, calleles,
no digáis tales palabras, No digáis tal palabra,
que la mujer que las dice Que mujer que tal decía,
mercia ser quemada; Meresce de ser quemada.
que allá en Castilla la Vieja Allí en Castilla la Vieja
un rincón se me olvidaba; Un rincón se me olvidaba;
Zamora tiene por nombre, Zamora había por nombre,
Zamora, la bien cercada; Zamora la bien cercada;
quien os la quitaré, hija, ¡Quién os la tomare, hija,
la mi maldición le caiga! La mi maldición le caiga!

Todos dicen amen, amen, Todos dicen amen, amen,
pero tú, don Sancho, callas. Sino Don Sancho, que calla.

(p. 211) (núm. 763)

Las alteraciones en la cronología de ciertos hechos relatados en los romances parecen explicarse porque, al fin y al cabo, Guillén de Castro centra su interés en las mocedades de Rodrigo. Así, lo sucedido después en el romance, sucede antes en la obra teatral. En la ceremonia en que Rodrigo es armado caballero, por ejemplo, éste es muy joven y, en realidad, don Fernando está ennobleciento a Diego Laínez en la persona de su hijo:
Diégo: Es gran premio a mi lealtad.
Rey: A lo que debo me obligo (p. 169).

En el romance del que Guillén de Castro toma fielmente la ceremonia (núm. 749),

El Rey le ciñó la espada;
...muy valiente
Y por hacerle más hora
La reina le dió el caballo,
Y Doña Urraca la infanta,
Las espuelas le ha calzado.

Rodrigo es ya "afamado" y, por ser

...en ganar lo que es contado,
Y en otros muchos lugares
Que a su Rey ha conquistado,

Fernando I le arma caballero.

De igual manera, cuando los vencidos reyes moros vienen a palacio a rendir homenaje a Rodrigo, éste todavía es un jovenzuelo, mientras que en el romance 753 es ya un hombre casado y con dos hijas, y los mismos reyes vienen con presentes para Rodrigo, Jimena y las hijas. Sin embargo, la respuesta que les da Rodrigo en Las mocedades viene del romance citado:

Rodrigo
A nadie mano se pide
donde está el Rey mi señor.
A él le presta la obediencia.

El Cid les dijera: —Amigos,
El mensaje habéis errado,
Porque yo no soy señor
Adonde está el rey Fernando.

También el encuentro del Cid con el leproso que se da a conocer como San Lázaro presenta un cambio cronológico. En Las mocedades, Rodrigo va de romero a Santiago antes de su casamiento. En el romance, sin embargo, ya está casado:

Celebradas ya las bodas,
A do la Corte yacía
De Rodrigo con Jimena.
A quien tanto el Rey quería,
El Cid pide al Rey licencia
Para ir en romería

(núm. 743)
También en la ocasión del duelo por Calahorra, el campeón aragonés, don Martín González, pronuncia palabras que por lo altaneras e inapropiadas enojan al Cid. En sus amenazas, Martín González llega a decir que “Jimena vuestra esposa/ Jamás vos verá a su lado”. Cuando esta escena pasa a Las mocedades, sin embargo, su efecto en Rodrigo es muy diferente:

_Martín González_

Y yo soy quien
me ofrezco dicha tan buena,
porque, por Dios, que Ximena
me ha parecido muy bien.
Su cabeza, por los cielos,
y a mi en sus manos verás

_Rodrigo_

Agora me ofende más,
porque me abrasa con celos.

(203)

(203)

La diferencia es evidente. El mozo Rodrigo se llena de celos, otra prueba más de su amor por Jimena, amor que culmina en su casamiento como colofón de Las mocedades del Cid.

En la creación de su obra, pues, Guillén de Castro no se limita a encadenar romances. Si a eso se redujeran, Las mocedades del Cid no pasarían de ser esa antología a que se refería don Ramón Menéndez Pidal; pero al seleccionar los romances que más convienen al perfil que va dando a sus personajes, al introducir variaciones determinadas por la evolución de la obra, Guillén de Castro hace resaltar la libertad con que se acerca a la fuente romancística. La deuda contraída con el Romancero es evidente, lo hemos visto en multitud de ejemplos, pero si, leídas Las mocedades del Cid, podemos distinguir al Cid de los romances del de Guillén de Castro, también es evidente la originalidad del autor valenciano.